

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO FINAL DE GRADO

MODALIDAD MONOGRAFÍA

**Proceso de constitución subjetiva, aportes para pensar
los primeros esbozos del psiquismo desde la transmisión
psíquica transgeneracional.**



Jessic

artinez

INDICE

Introducción.....	4
Proceso de estructuración del psiquismo.....	6
Actividad psíquica y producción simbólica.....	6
Un discurso en lugar del infans.....	9
El concepto freudiano de narcisismo.....	12
Narcisismo materno y construcción del yo.....	14
Las pulsiones.....	15
El nacimiento del yo, apuntalamiento-autoerotismo-narcisismo.....	16
La seducción infantil.....	17
Descripción del desarrollo edípico para Melanie Klein.....	18
El desarrollo edípico del niño varón.....	19
El desarrollo edípico de la niña.....	20
Comparaciones con el concepto clásico.....	21
La dimensión transgeneracional.....	24
Antecedentes en el corpus del psicoanálisis freudiano.....	24
Producción intersubjetiva del psiquismo.....	25
¿Qué se transmite de una generación a otra?.....	27
Identificación y transmisión.....	28
Transmisión de lo no representado.....	31
Consideraciones finales.....	33
Referencias bibliográficas.....	36

1. Resumen

En la presente monografía se realizó un recorrido teórico por diversos autores que desde el psicoanálisis elaboran relevantes aportes sobre los primeros tiempos de la construcción del psiquismo. Además se expuso la dimensión de los procesos de transmisión de la vida psíquica a la luz del psicoanálisis vincular.

Se articuló la dimensión de la transmisión generacional respecto al proceso de construcción de la subjetividad para develar el peso de los primeros vínculos fundantes del psiquismo.

Se intentó abrir líneas de pensamiento entorno a la complejidad de la construcción psíquica haciendo foco en la relación de la transmisión de la vida psíquica entre generaciones y la incidencia que esta dimensión pudiera tener en un desarrollo perturbado.

Por último, las consideraciones finales se organizaron en torno a la práctica clínica, se reflexionó acerca de la complejidad de trabajar en la emergencia de nuevas formas clínicas partiendo de los conceptos fundacionales del psicoanálisis. Se propuso continuar pensando en las formas de proceder en el abordaje de los funcionamientos psíquicos.

Palabras clave: Transmisión de la vida psíquica/ Proceso de estructuración del psiquismo/ Narcisismo/ Identificación/ Acción específica/ Producción simbólica/ Contrato narcisista/ Pacto denegativo/ Identificaciones alienantes/ Vacío de pensamiento/ Telescopaje

2. Introducción

El tema que se aborda en este trabajo final de grado refiere a los procesos de constitución subjetiva desde el psicoanálisis, incorporando los aportes de la perspectiva transgeneracional.

Toda realidad psíquica se funda sobre una realidad histórica, y su transmisión dará a los descendientes las claves para el acceso a la realidad en la cual se inscriben. El propósito de este trabajo es entonces intentar develar el peso de la herencia psíquica en la construcción del psiquismo. ¿Qué se transmite de una generación a otra? ¿Cómo se transmite? ¿Cómo es recibido ese legado? ¿Es posible la introducción de la novedad?

Se entiende al sujeto desde una perspectiva intersubjetiva, que adviene en una cadena de representaciones en la que va a ocupar un eslabón. Entonces la pregunta que se presenta es ¿cómo pasar a ser dueño de la propia historia, sin ser exclusivamente una parte de la historia de otro? Los rasgos identificatorios que los hijos extraen de las generaciones precedentes no siempre configuran una posibilidad de expansión de su psiquismo, sino que pueden producirse retracciones libidinales que vienen dadas por ejemplo por cuestiones que han quedado en suspenso para los ancestros.

Existe también una posibilidad de un exceso de violencia a través de la imposición del otro, que limita el despliegue del psiquismo.

El infante es mirado, hablado, y acariciado por otros. Es incluido en un mundo de pasiones y prohibiciones ya establecido. Este proceso que permite la subjetivación, proceso psíquico mediante el cual el sujeto interpreta el mundo en el que se inscribe, de acuerdo con sus propias relaciones de sentido, y que se manifiesta a través de los elementos que conforman la trama de significantes con los que expresa su singularidad psíquica, es históricamente construido, es allí donde emerge el papel estructurante del otro primordial en los primeros tiempos de constitución psíquica.

La constitución de redes representacionales en el niño está posibilitada por el sostén del otro, que pueda construir un espacio psíquico para él. Es entonces que se intenta a partir de este trabajo, ahondar en la complejidad de los procesos de constitución del psiquismo, y pensar en las relaciones entre las marcas de lo transgeneracional en el psiquismo temprano y la incidencia que un desarrollo perturbado pueda tener.

Se pretende generar un acercamiento al proceso de transmisión que se da entre generaciones, que se realiza a partir de dos vías: a través de la historia familiar tal como es contada de padres a hijos, y como fragmentos de la vida psíquica de generaciones anteriores que se convierten en parte del bagaje inconsciente de

generaciones posteriores. Uno de los puntos clave en la presente monografía, será lo que respecta a aquellos contenidos no elaborados que son transmitidos entre las generaciones, las pérdidas no dueladas, lo no ligado en las generaciones de los ancestros, lo desmentido en una generación, aspectos que quedan como vacíos en el psiquismo. Contenidos que retornan en la compulsión a la repetición, constituyendo un blanco para el psiquismo, y perforando la capacidad representativa.

Ahora bien, ¿por qué interesa trabajar este tema? La elección del tema parte de la importancia que tiene para el trabajo en clínica la resonancia de los aspectos transgeneracionales en la vida psíquica de los sujetos. Si se toma al psiquismo como una estructura abierta, es necesario poder pensar las dificultades en la construcción psíquica subjetiva en relación con los otros. Resulta imprescindible ubicar el contexto en el que el encuentro se produce, contexto que a su vez determina y es determinado por los sujetos que se encuentran inmersos en él.

El psiquismo es una estructura abierta al mundo, que se constituye por los otros que rodean al sujeto. Otros que son marcados por una sociedad y cultura determinada, y que son sostén y fuente de placer para el niño, pero que a su vez son portadores de angustias y temores. Son figuras de identificación que transmiten normas valores e ideales.

Es desde esta perspectiva, que resulta interesante pensar en torno a la transmisión, entonces ¿qué sucede con aquellas situaciones que no pudieron ser tramitadas en las anteriores generaciones? ¿Impacta en un psiquismo en construcción las situaciones dolorosas que produjeron vacíos de sentido en la psiquis de los progenitores?

A partir de las puntualizaciones expuestas anteriormente, es que se realiza un acercamiento a la interrelación existente entre los primeros tiempos de constitución fundantes del psiquismo, y la vida psíquica de quienes lo rodean.

3. Proceso de estructuración del psiquismo

Lo referente a la fundación del psiquismo abre un campo para pensar la teoría que sustenta nuestras prácticas. Es por ello que la fundación del inconciente como producto de cultura y del encuentro sexualizante con el otro define una teoría del origen y nos lleva a pensar en nuevas perspectivas que se vinculan con el papel de ese otro en tal constitución. Cuando se transmiten contenidos psíquicos inconcientes de una generación a otra se genera un soporte narcisístico sano, que permite la estructuración del psiquismo. Los contenidos que van a ser transmitidos forman parte de la base afectiva que da estabilidad a la identidad del sujeto. Para poder pensarlo se introducen algunas dimensiones acerca del desarrollo psíquico infantil desde una mirada psicoanalítica que hacen a un recorte guiado por el interés de la autora del presente trabajo.

Actividad psíquica y producción simbólica

A continuación se toman los planteos de Piera Aulagnier sobre los modelos de la construcción psíquica infantil. Siguiendo sus aportes, la actividad psíquica se constituye a partir de tres modos de funcionamiento; proceso originario, proceso primario y proceso secundario.

El proceso originario se caracteriza por la satisfacción de las necesidades biológicas que tiene el niño, por lo general son satisfechas por la madre quien se constituye en fuente de placer ya que no simplemente cumple con los cuidados corporales sino que también produce un “trasvasamiento narcisístico”, libidinizando al niño. Como plantea Silvia Bleichmar (1984) luego de este primer momento se da un primer clivaje entre el sujeto de la autoconservación y el sujeto sexuado. Es importante remarcar que las formas del cuidado materno, la capacidad de contención, de sostén, los proyectos e ideales, la forma en que es mirado, hablado, todo ello será condicionante del modo en que el sujeto tramitará sus deseos, el sufrimiento y las formas de acceso al placer. Siguiendo en esta línea, Bleichmar (2001) plantea que a partir de esta primer vivencia de placer con su objeto de amor, toda nueva experiencia no se reducirá a la relación del sujeto con el objeto de la necesidad, sino que el efecto producido por esa primer experiencia de satisfacción que introduce el otro humano, cambiará el modo de vincularse del infante con los objetos del mundo.

El primer momento de la vida psíquica se relaciona con los ritmos biológicos, será en el encuentro con los otros que estos irán tomando la condición de ritmos psíquicos.

Partiendo de la erogenización del bebé (de acuerdo al propio mapa erógeno de la madre) es que algunas zonas del cuerpo irán tomando valor erótico y se irán construyendo recorridos de placer/displacer.

El segundo modo de funcionamiento es el llamado proceso primario, el cual se rige por desplazamiento, que según Laplanche y Pontalis (2015):

“Consiste en que el acento, el interés, la intensidad de una representación puede desprenderse de ésta para pasar a otras representaciones originalmente poco intensas, aunque ligadas a la primera por una cadena asociativa” (p.98). También es regido por la condensación, descrita como “una representación única representa por sí sola varias cadenas asociativas, en la intersección de las cuales se encuentra” (p. 76)

Es entonces que en dicho modo de funcionamiento no hay negación, contradicción, ni duda, ya que todo se rige por el principio de placer. Caracterizando así al sistema inconciente. La fantasía es la actividad representativa característica de este segundo momento psíquico, ya que surge para compensar los intervalos de ausencia materna. El contenido de las fantasías responde a ciertos rasgos que el niño imagina de sus progenitores, estos rasgos pueden representar una limitación para la expansión del psiquismo infantil o un atributo expansivo para el mismo. Es aquí donde entran en juego factores como la historia de vida de los progenitores, sus experiencias afectivas, deseos o traumatismos no resueltos, así como también el haber tenido o no una inscripción social satisfactoria.

En el tercer momento de constitución psíquica, como plantea Bleichmar (2001), se genera la instalación de la represión originaria, a la vez que la constitución del yo, dando paso a los procesos secundarios, la temporalidad, la lógica de la negación y el tercero excluido, lo cual es fundamental para el desarrollo de la inteligencia.

El desarrollo de la inteligencia se liga con el desarrollo de la capacidad de simbolizar que haya tenido el niño en el proceso del desarrollo de su psiquismo. Se introduce de esta manera, como posibilidad de herramienta de análisis, los aportes que desde el psicoanálisis trae la perspectiva de la transmisión generacional.

Es a través de la actividad psíquica representacional que el sujeto interpreta el mundo en el que se inscribe de acuerdo con sus propias relaciones de sentido, y a partir de ello se expresa su singularidad psíquica históricamente construida.

La producción simbólica del sujeto es definida por Schlemenson (2011) como la “actividad sustitutiva que le permite diferir la fantasía que caracteriza su actividad primaria y depositarla parcialmente en representaciones sociales de características

simbólicas que atraen y actúan como una nueva oportunidad para el enriquecimiento potencial de los procesos de simbolización” (p. 20).

Es por lo antedicho que la autora considera el ingreso a las instituciones educativas como una posibilidad de despliegue psíquico, ya que la oferta social con la cual se encuentra el niño constituye una oportunidad de despliegue de su potencial psíquico siempre y cuando no se encuentre atrapado en etapas anteriores. La forma en que el niño transite por la institución educativa constituirá nuevas formas de circulación y descarga libidinal. Al pensar en el proceso de subjetivación infantil se hace necesario remitir a la historia libidinal del niño, historia que refiere a los primeros vínculos del infante, y de los conflictos que de ellos puedan resultar, así como el modo de atravesarlos.

Cuando se hace referencia a la historia libidinal del niño, entran en juego esos primeros vínculos fundantes del psiquismo, los cuales a su vez se verán atravesados por su propia historia:

(...) “la relación de la madre con su hijo está surcada, entonces, por su propia historia libidinal infantil, por aquello que retorna de su otra escena inconsciente, por la relación con su propio cuerpo, por el vínculo que establece con el padre del pequeño, el marco histórico social; todos estos elementos organizan el tipo y la calidad de investimentos libidinales que se ejercen sobre el niño” (Untoiglich, 2009, p. 28).

Es entonces que el delineamiento de un psiquismo autónomo, generado por la posibilidad y confianza necesaria de transitar la simbolización posibilitan la expansión del psiquismo. Estas posibilidades están dadas por el legado de una inscripción amplia y social del individuo. Legado que será posible en la medida en que los progenitores encuentren una inscripción social satisfactoria para sí. “Siempre existe transmisión transgeneracional porque siempre existe el Otro en uno mismo” (Kaës, 1998, 206)

Un discurso en lugar del infans

Para poder fundar su historia, el yo se verá precisado a encontrar una vía y una voz que le posibiliten pensar su antes. Cuando el yo adviene, reconoce en un mismo movimiento su existencia y la de un mundo que le precede. El espacio y el mundo son preexistentes y se le imponen, a la vez de ser investidos por él mismo. “La existencia de un antes se impone al yo, y este antes puede develar por veces un aliado o un adversario” (Aulagnier, P. 1996. 196)

Las exigencias, demandas, y ofrecimientos que vienen del otro, al que se reconoce como separado, se presentan al yo como causa de su vida. Por eso “no está en el poder del yo representarse como su propio auto-engendrado”.

El yo adviene dentro de un espacio discursivo, un espacio de realidad previo a él, y al que sólo puede pertenecer en la medida en que pacte con aquello preexistente.

El yo es anticipado por el portavoz, y deberá apropiarse de los enunciados identificantes que son pre-dichos y preinvestidos por ese discurso.

El yo se descubre como resultado de un deseo y de un discurso mantenido por unas voces que precedieron a la suya. El devenir del yo es posibilitado por el yo que ha sido previamente. A través del acceso al conocimiento de esa parte de su historia (huellas mnémicas dejadas por representaciones ideicas) se garantiza la existencia de un presente.

Lo que el yo cree ser, el conocimiento de lo que es, viene dado por la creencia en la propia historia. El yo del niño tomará los primeros enunciados identificatorios y las informaciones a partir del discurso materno que hagan posible esbozar “el primer capítulo de su libro de historia”. En el relato que la madre le propone, el yo puede oír e identificarse con la versión de lo que ha sido para los demás. En este registro puede hacerse tributario de una supuesta verdad, una supuesta memoria, y un supuesto conocimiento que le pertenecen a otros.

En la primera etapa de la vida infantil, la existencia del infans viene dada por la apropiación de una versión discursiva que le cuenta la historia de su comienzo. El nacimiento del yo es resultado de un deseo y de un proyecto que aquellos “deseantes” esperaban realizar. Esta versión está dada por la nominación y significación de las experiencias y por la significación que la madre atribuye a las mismas.

¿Qué respuestas puede dar el yo ante la inexistencia de ese discurso tan necesario? Frente a la desposesión del comienzo de su historia, el yo parece aceptarlo como un secreto, un silencio o un blanco. Asistiendo a un mecanismo de desconexión temporal y causal, que se aúna con una autodesposesión y automutilación de esa parte de su memoria. En estos casos el sujeto es decodificado como un fantasma con el poder de

engendrar su propio pasado, su origen. El sujeto fracasa en sus tentativas de pensar el tiempo, por ejemplo reproduciendo indefinidamente lo mismo. Se produce un desinvestimento activo de toda memorización del comienzo de la relación materno-infans. Un silencio que mutila las raíces que pudieran anclar su tiempo en un suelo firme, a la vez que una inexistencia del proyecto identificatorio que acompañe a ese hijo de una esperanza narcisista, convirtiéndolo en un mandato de no-ser (mandato que es transgredido por el hecho de vivir).

El trayecto identificatorio comienza en un punto de partida fijo que permite la orientación y el descubrimiento del sentido de la trayectoria, este sentido transforma el tiempo físico en tiempo psíquico, y es posibilitado únicamente por los términos del deseo. La intrincación entre estos dos tiempos son condición necesaria para el acceso del yo a la temporalidad sólo si se produce desde el comienzo, “el origen de la historia del tiempo debe coincidir con el origen de la historia del deseo”.

En la neurosis se ha podido llevar a cabo esta alianza entre el tiempo y el deseo, el conflicto encuentra su expresión en un lenguaje que trata del amor, el placer, el sufrimiento, que vehiculizan una idea de relación. En la psicosis la experiencia relacional es un intento por resolver un conflicto identificatorio que se encuentra en un tiempo mucho más primario, y de su resolución depende su supervivencia y existencia.

La pertenencia a ese mundo que le precede se verá posibilitada por el pacto denegativo, entendido este como un acuerdo inconciente necesario para que el vínculo se organice. Refiere a los pactos y acuerdos inconcientes que promueven los lazos vinculares. El pacto denegativo se vincula con el contrato narcisista.

Aulagnier explicita al respecto que “el contrato narcisista tiene como signatarios al niño y al grupo. La catectización del niño por parte del grupo anticipa la del grupo por parte del niño. En efecto, hemos visto que desde su llegada al mundo, el grupo catectiza al instas como vos futura a la que solicitará que repita los enunciados de una voz muerta y que garantice así la permanencia cualitativa y cuantitativa de un cuerpo que se autorregenerará en forma continua. En cuanto al niño y como contrapartida de su catectización del grupo y de sus modelos, demandara que se le asegure el derecho a ocupar un lugar independiente del exclusivo veredicto parental, que se le ofrezca un modelo ideal que los otros no puedan rechazar sin rechazar al mismo tiempo las leyes del conjunto que se le permita conservar la ilusión de una persistencia atemporal proyectada sobre el conjunto, y en primer lugar, en un proyecto del conjunto que, según se supone, sus sucesores retomarán y preservarán” (citado por Gomel y Matus en 2011)

El contrato narcisista es un pacto de intercambio entre el sujeto y el grupo. El grupo espera que el sujeto retome por su cuenta aquello que enunciaba la voz de sus predecesores para asegurar la permanencia y la inmutabilidad del conjunto. El sujeto ve en el conjunto (el grupo) el soporte que se le ofrece y necesita, por eso se incluye o acepta el discurso del conjunto. A cambio el grupo reconoce que el sujeto pueda existir sólo gracias a aquello que su voz repite (los enunciados del conjunto). El Contrato Narcisista se instaura gracias a una preinvestidura o precatectización del niño por parte del grupo (el grupo familiar) como una voz futura que ocupará el lugar previamente designado para el infans. Este discurso del conjunto brinda al niño una certeza acerca de su origen, lo cual le permite el acceso a la historicidad que es un elemento esencial para la instauración y el desarrollo del proceso identificatorio y la autonomía del Yo.

El interjuego entre contrato narcisista y pacto denegativo defiende la ajenidad, y habilita a pensar la relación entre los sujetos del vínculo.

El concepto freudiano de narcisismo

En el campo psicoanalítico el narcisismo representa un modo particular de relación con la sexualidad. Freud introduce por primera vez el narcisismo en 1911 como un estadio normal de la evolución de la libido. En 1914 (Introducción al narcisismo) define narcisismo primario como la reproducción del narcisismo de los padres, quienes atribuyen al niño determinadas perfecciones y proyectan en él todos sus sueños irrealizados, "sueños de deseos no realizados". Afirma que en los primeros momentos, cuando el Yo no está aún constituido lo que prima es un modo de satisfacción de la libido a partir del propio cuerpo, el autoerotismo. Y va a decir que lo que caracteriza al narcisismo primario es la búsqueda de satisfacción a través del propio cuerpo, los objetos investidos por las pulsiones son las propias partes del cuerpo. Se presenta entonces como un espacio de omnipotencia, que se da en el encuentro del narcisismo incipiente del niño y el narcisismo de los padres. En este espacio se inscriben las imágenes y palabras de los padres.

Luego, el niño sale de este estadio cuando su yo se encuentra confrontado a un ideal con el cual debe medirse y que provienen del exterior. Para que el narcisismo secundario se constituya el investimento de los objetos retorna al yo (la libido toma al yo como objeto). De a poco el niño va siendo sometido a las exigencias del mundo que lo rodea, y comienza a comprender que su madre desea por fuera de él y que no es todo para ella, lo que responde a la herida narcisista infligida en el narcisismo primario del niño. Entonces intentará ser amado, para lo que intentará satisfacer las exigencias que responden al ideal del yo (representaciones culturales, imperativos éticos, etc.)

El desarrollo del yo va a estar posibilitado a partir del alejamiento del narcisismo primario que fundía al niño con ese otro, el otro era él mismo. El complejo de castración es el que viene a perturbar el narcisismo primario. Entendemos este complejo como una experiencia psíquica compleja decisiva para la futura identidad sexual del niño a través de la cual se reconocerá por primera vez la diferenciación de los sexos, y la aceptación de los límites corporales (a partir de la instauración de un coto al deseo) La premisa que constituye el complejo de castración es la creencia universal de los niños acerca de la indiferenciación de los sexos, la cual es puesta en jaque a partir del descubrimiento de la realidad a través de un ser cercano que no posee pene. Este descubrimiento será generador de angustia frente a la posibilidad de algún día verse también desprovisto de éste órgano. Las prohibiciones y advertencias sobre las prácticas autoeróticas y el deseo incestuoso de poseer a la madre serán la condición necesaria para el origen del superyó. A partir de la constatación de que

existen seres desprovistos de pene estas advertencias comenzarán a surtir efectos y a representar un peligro para el niño. Las condiciones principales para el surgimiento de la angustia de castración son las prohibiciones sobre el placer autoerótico del niño (amenazas verbales que provienen de los padres) y la visión de la ausencia de pene en la mujer. Bajo la irrupción de la angustia de castración se acepta la ley de interdicción y se elige salvar al pene renunciando a los deseos sexuales hacia la madre. A partir de entonces finaliza el complejo de Edipo con el reconocimiento de la ley paterna.

El concepto de castración en la niña se organiza de diferente modo. Si bien comparte la creencia universal de atribuirle pene a todos los seres humanos, la separación de la niña de su madre se genera por el odio frente al descubrimiento de que ésta está desprovista de pene. El complejo de castración es posibilitador del complejo de Edipo en la niña (a diferencia de que para el niño el complejo de castración culmina junto con el complejo de Edipo). En un primer momento existe en la niña la creencia acerca de la indiferenciación sexual, luego frente al descubrimiento visual del genital masculino asume que no posee éste órgano y que por lo tanto ha sido castrada, cayendo entonces en la "envidia fálica" y experimentando el deseo de poseer el pene. Luego la madre va a ser despreciada por no haberle transmitido los atributos fálicos, en este momento es que resurge el odio sepultado por haberla privado del placer proveniente del seno materno (destete). La niña elige entonces al padre como objeto de amor. En este tiempo final, con la separación de la madre, el deseo es orientado hacia el padre y hacia otros hombres. Por lo que el fin del complejo de castración da nacimiento al complejo de Edipo.

Narcisismo materno y construcción del Yo

Para continuar pensando el papel del otro en la construcción psíquica infantil es oportuno hacer referencia a los trabajos de Silvia Bleichmar sobre la función narcisizante del semejante en el psiquismo del niño. El yo se constituye sobre la base de las ligazones previas, que remiten a aquellos cuidados primarios, investiduras referidas a las maniobras amorosas que la madre ejerce sobre el niño. Ella habla de un “yo auxiliar materno” quien no solamente dota al infans de recursos necesarios para la vida (satisfacción de necesidades biológicas) sino que inscribe estos recursos en forma de pulsión de vida “ordenamiento ligador propiciatorio de una articulación de la tendencia regulada a la descarga” (Bleichmar,1993,49) La experiencia de satisfacción está sostenida por el otro, para ello es condición necesaria que la madre sea considerada como sujeto hablante (en el sentido de estar provista del proceso secundario, que le permite organizar las representaciones en forma de representación-palabra) y que además se aproxime al “cachorro humano” con representaciones totalizantes narcisistas. De esta forma el auxiliar materno generará condiciones de ligazón en el niño, nos referimos con ello al narcisismo trasvasante el cual ha sido nombrado anteriormente.

Las pulsiones

Para poder explicar el modo de funcionamiento del psiquismo es necesario remitirnos al concepto de pulsión. La pulsión es definida en el diccionario de psicoanálisis como el :

“proceso dinámico consistente en un empuje (carga energética, factor de moti-lidad) que hace tender al organismo hacia un fin. Según Freud, una pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión que reina en la fuente pulsional; gracias al objeto, la pulsión puede alcanzar su fin” (Laplanche, 1996,324)

Existen en el psiquismo dos modalidades de funcionamiento pulsional, las pulsiones sexuales de vida y las pulsiones sexuales de muerte. Las primeras funcionan según el principio de la energía ligada, principio de la constancia; su meta es la conservación de unidades o enlaces conformes al yo. Las pulsiones sexuales de muerte funcionan según el principio de energía libre, su meta es la descarga pulsional total aniquilando al yo, se caracterizan por su hostilidad para el yo tendiendo a generar su desestabilización, su objeto-fuente es un aspecto clivado. Entre el proceso primario libre y el proceso secundario ligado, existen formas intermedias y pasajes posibles. Nos referimos con ello, a los contenidos que están imposibilitados de ligazón, y a su vez imposibilitados de descarga. Cuando esto sucede se instala como una modalidad de funcionamiento del psiquismo, una fijación en los modos de descarga que llevan a generar una compulsión a la repetición traumática. La compulsión a la repetición refiere al proceso inconsciente por el cual el sujeto se coloca en cierta repetición de situaciones penosas y experiencias antiguas con la convicción de que son motivadas a partir de la actualidad.

Se señala la importancia de esos primeros encuentros del infans con el otro, posibilitadores o no de modalidades psíquicas que hagan al encuentro de vías de ligazón o no de los contenidos traumáticos. Todo esto es condición para que devengan modos de significar y otorgar sentido a lo que proviene del exterior del psiquismo.

El hecho de que exista la transmutación de la energía somática en energía psíquica en el infans es producto de la intersección de éste con un otro, que se da en el encuentro con el objeto sexual que ofrece ese otro (el bebé, en búsqueda de lo nutricional se encuentra con el pecho materno). Entonces los destinos de pulsión refieren a las formas de derivación de lo sexual partiendo de los diques en los primerísimos tiempos de vida. Estos destinos responden a las estructuraciones sucesivas que pasa el aparato psíquico hasta llegar a constituirse.

El nacimiento del yo, apuntalamiento-autoerotismo-narcisismo

El autoerotismo constituye el primer estadio independiente de la sexualidad, marca el tiempo del “auto” que supone una retroversión de la relación con el mundo. El narcisismo se unifica al autoerotismo en un objeto único, objeto interno reflejado. El yo debe experimentar un desarrollo, puesto que no existe en su comienzo una unidad comparable al yo. Las pulsiones autoeróticas existen desde el comienzo, por lo tanto debe existir una acción específica, “una nueva acción psíquica” que se agrega para que el narcisismo se constituya. El narcisismo viene dado como una emergencia sobre la vida de relación. Viene a designar modos de funcionamiento sexual y de placer. Pueden ser percibidos como momentos puntuales más o menos reiterados, que presentan diferencias en el estatuto temporal de uno y otro.

En relación a esta nueva acción psíquica Freud parte de la premisa de que

“es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya” (Freud. 1914, 74)

Sobre este tema Daniel Gil (1995) propone pensar como partida para la unificación narcisista aquel nuevo acto psíquico, que dará origen al yo. Proponiendo para ello la identificación primaria como el proceso por el cual el yo se constituye. El autor dice al respecto:

“propongo la idea de que la identificación primaria sería un amplio y complejo movimiento estructural donde se interrelacionan aspectos de la maduración neurofisiológica, deseos, vivencias, acontecimientos, fantasías, gestadas en la interrelación del niño con su medio. No sería un movimiento múltiple donde cada uno de los pasos va determinando el siguiente y a su vez revierte sobre los anteriores y se enlaza con todos los demás. No solo secuencia cronológica, sobre todo interrelación dinámica” (p, 40)

La seducción infantil

En el comienzo del desarrollo del niño se encuentra la seducción infantil, estado de inmadurez e insuficiencia frente a la seducción del adulto. Las funciones psíquicas y el sistema sexual del niño no se encuentran preparados para la relación que lo sobreviene, a la que Laplanche (1987) llama “experiencia sexual prematura” refiriéndose con ello al momento en que se lo enfrenta pasivamente a la sexualidad adulta. Es a partir de la forma en la que el niño puede o no integrar aquello que le adviene, que se organizará el desarrollo infantil que supone diferentes etapas o estadios (posteriormente). El adulto resulta en esta relación una figura fundamental, es a partir de la “infección” que el carácter perverso del adulto realiza, que se constituye la primera escena sexual. Frente a esta escena el niño carece de los medios de defensa adecuados, una de las formas que tiene de protegerse es bloquear o enquistar este recuerdo pero nunca podrá reprimirlo. En un segundo momento, el niño si tiene los medios para enfrentar esa situación y comprender qué ocurre, pero el recuerdo de la primer escena lo ataca internamente. El recuerdo de esa primer escena deviene traumatizante en el momento en que se revive en una segunda escena. Pero la única salida va a ser una salida patógena, la represión.

En este momento las barreras internas ya están constituidas, y por lo tanto también lo está el Yo.

La seducción precoz refiere a aquella seducción que se da en la relación pre-edípica, el padre (perverso) deja lugar a la madre, quien a través de los cuidados corporales hacia el niño vehiculiza la seducción.

En la seducción originaria el adulto propone al niño significantes verbales y no verbales que se encuentran impregnados de una significancia sexual, estos contenidos no pueden ser trabajados ni comprendidos por el niño, por lo tanto se convierten en traumatizantes y reprimidos. Las pulsiones que quedan entonces dentro del estatuto de lo reprimido (inconciente originario) son la fuerza de las representaciones.

Descripción del desarrollo edípico para Melanie Klein

Considero de gran aporte tomar los postulados de Melanie Klein para comprender el desarrollo del psiquismo. Se puede decir que el desarrollo sexual del niño está vinculado intrínsecamente a sus relaciones de objeto y a todas las emociones que desde un primer momento moldean su relación con sus padres (ansiedad, culpabilidad, sentimientos depresivos) A partir de la introyección de estas figuras es que se instaura el superyó, influyendo a su vez sobre la relación que se establece tanto con la madre como con el padre. La autora plantea que el desarrollo emocional y sexual, las relaciones de objeto, y el desarrollo del superyó actúan uno sobre otro desde el comienzo.

Entonces pasa a desarrollar una descripción del Complejo de Edipo para intentar demostrar la interdependencia de estos aspectos. En el comienzo de la vida la libido estaría combinada con cierta agresividad, ésta proporcionará cierta ansiedad que afectará el desarrollo de la libido en cualquier estadio del desarrollo. Los sentimientos depresivos (temor del niño a la pérdida de sus objetos amados), la ansiedad, o la culpabilidad podrán dirigir la libido hacia nuevas fuentes de satisfacción o fijarla hacia objetos y finalidades anteriores frenando su desarrollo. Afirma que el Complejo de Edipo comienza al primer año de vida, y que sigue caminos similares en niñas y varones. El factor esencial en el desarrollo emotivo y sexual va a ser la relación con el pecho materno. El movimiento progresivo de la libido produce una búsqueda de nuevas fuentes de satisfacción. Las frustraciones experimentadas por y con el pecho materno impulsan la búsqueda de nuevas fuentes, como por ejemplo el deseo de una satisfacción oral a través del pene del padre. Por lo tanto, dice Klein, “el pecho y el pene son los objetos primarios de los deseos orales del niño” (Melanie Klein, 1990, 410). La satisfacción y la frustración moldean la relación del niño con el “pecho bueno” y “pecho malo”, la idealización del pecho y la madre buenos se produce por la necesidad de manejar la frustración y agresión, y a su vez se genera la intensificación del odio y temor hacia el pecho y la madre malos. Estas relaciones con el pecho de la madre serán luego trasladadas a las relaciones con el pene del padre. En esta nueva fuente de satisfacción la exigencia y la confianza están afianzadas por la relación anterior con el pecho materno, es entonces que el amor hacia este nuevo objeto se verá estimulado. Ulteriormente se produce el desengaño que refuerza la regresión hacia el objeto anterior. Todo ello constituye entonces la fragilidad y fluidez de las actitudes emocionales en los estadios de la organización libidinal. Por lo tanto cada objeto puede convertirse en bueno o malo, lo que constituye una oscilación entre los diferentes aspectos de las imagos primarias. Estas imagos se establecen en el Yo

del niño y forman el núcleo del superyó. Las mismas serán las representantes de las imágenes internas buenas y protectoras por un lado, y serán por otro lado las representantes de las imágenes internas vengativas y perseguidoras, lo que constituye las primeras identificaciones del yo. La relación del niño con sus padres y el establecimiento del superyó se ven signados por la introyección y proyección de las imágenes internas de la madre y del padre al mundo externo, existe una fluctuación entre los objetos internos y externos, fluctuación que depende del movimiento de la libido entre las diferentes finalidades y objetos. Es por ello que el curso del Edipo está relacionado intrínsecamente con el desarrollo del superyó. En cada estadio el curso del desarrollo libidinal se ve influido por sentimientos de depresión, ansiedad, y de culpa, además de cierta necesidad de reparación. Los sentimientos de amor que coexisten con los de odio, serán reforzados por la necesidad de reparación. Frente a la culpa, el niño se siente impulsado a deshacer las consecuencias de sus impulsos sádicos mediante el deseo de reparación. El mismo produce un incremento en la satisfacción libidinal de dar y recibir, ya que mediante la reparación su culpa disminuye, el objeto de amor es reparado, y el poder de sus impulsos agresivos es menor. Entonces, el curso del desarrollo libidinal es estimulado y reforzado por el impulso de reparación, y el sentimiento de culpa.

El desarrollo edípico del niño varón

La autora plantea que el desarrollo sexual del niño se constituye habiendo éste asumido la posición femenina constituida bajo el dominio de impulsos y fantasías orales, uretrales y anales. Ésta posición está íntimamente relacionada con el pecho materno. En la medida en que el niño pueda desplazar los sentimientos tiernos libidinales del pecho materno al pene paterno, y sigue considerando al pecho como objeto bueno, entonces podrá considerar al pene como objeto bueno. De esta forma la imagen tranquilizadora proveniente del pene paterno será posibilitadora de la capacidad del varón de desarrollar sus sentimientos edípicos positivos, ya que esto será condición para experimentar deseos genitales hacia la madre. Cuando el temor hacia el padre castrador se ve moderado por la confianza hacia el padre bueno, el niño podrá enfrentar los sentimientos de odio y rivalidad edípicos. Klein afirma que el temor a la castración surge cuando se sienten sensaciones genitales, temor que en el varón se vivencia bajo el predominio de la libido oral. En la medida en que el niño se coloca en la rivalidad edípica, por el deseo hacia la madre, sus tendencias agresivas contra el padre serán fuente de temor ante la venganza del mismo (temor a que su

propio órgano genital sea arrancado, mutilado, envenenado) El temor a la castración será entonces un impulso de protección y preservación de los objetos de amor.

El desarrollo edípico de la niña

Cuando las sensaciones genitales receptivas se presentan en la niña, se le presenta el deseo de recibir el pene. El deseo del pene de su padre se convierte en fuente de felicidad, será un objeto fuertemente deseado y admirado por la niña ya que es el objeto que le dará los bebés. La relación y el agradecimiento hacia el pecho bueno será posibilitadora de esta relación con el pene paterno. En el inconsciente de la niña, la madre se encuentra dotada de un poder mágico, ya que posee el pene del padre y a los bebés (que ella no tiene certeza si podrá tener), por lo tanto se coloca en una posición de desventaja frente a su madre. Las ansiedades que se le presentan por no poder tranquilizarse frente a su futura fertilidad serán el factor que intensifica los deseos de robar el cuerpo materno, deseo que a su vez le genera temor a que su propio cuerpo sea robado. El desarrollo genital de la niña se centra entonces en el deseo femenino de recibir el pene del padre y en su preocupación inconsciente por sus bebés. Es por ello que sus fantasías y emociones se generan alrededor de su mundo y objetos internos. La rivalidad edípica se expresa en este caso por el impulso de robar a la madre el pene del padre y sus bebés. La situación de ansiedad que predomina en la niña es el temor de que la madre mala y vengativa dañe su cuerpo y le quite sus objetos internos buenos. La envidia de la niña hacia su madre es un factor esencial en su desarrollo sexual y emocional, y tiene efectos en la relación sexual con su padre así como también en la identificación con la madre y con su propio papel de madre en un futuro.

El deseo de tener un pene propio es una expresión de la bisexualidad en la niña, pero es un deseo secundario al de recibir el pene del padre. La envidia que la niña tiene del pene encubre su deseo frustrado de tomar el lugar de su madre en la relación con el padre y de recibir bebés de él. El admirado pene del padre introyectado forma parte de su superyó, en la posesión de un pene imaginario la niña se identifica con su padre en la posición masculina. Mientras que en la posición femenina la niña internaliza el pene paterno por sus deseos sexuales y el deseo de tener sus bebés. Las posiciones masculina y femenina de la niña en cuanto a las identificaciones se combinan y caracterizan así el superyó femenino. En la formación de este superyó, coexisten las el admirado padre bueno y el padre malo y castrador, será la madre perseguidora la fuente de ansiedades. En la medida en que el temor persecutorio se vea equilibrado

por la internalización de una madre buena, la relación con el padre bueno se ve reforzada por la actitud maternal con la cual la niña se identifica.

Comparaciones con el concepto clásico

Klein pasa a realizar una breve comparación con los postulados de Freud sobre los rasgos fundamentales del desarrollo edípico. Plantea que para Freud los deseos genitales surgen y hay una elección de objeto definida en la fase fálica, lo cual se corresponde con el complejo de Edipo. El órgano masculino es el que pasa a tener el valor en esta fase y por lo tanto se da una primacía del falo. El estadio fálico de la organización genital del varón huye a la amenaza de la castración, pero es bajo la internalización de la autoridad paterna que se instaura el superyó. La culpabilidad va a ser entonces la tensión entre el yo y el superyó.

En la niña se da la “fase preedípica” que se caracteriza por el apego hacia la madre. Por lo tanto durante la fase fálica el deseo de la niña se centra en recibir un pene de su madre. El complejo de castración se da cuando la niña descubre que no posee un pene, se rompe entonces su apego con la madre con sentimientos de odio por no haberle otorgado el pene que ella esperaba recibir de su parte, entonces busca al padre. Vuelve hacia él con el deseo primero de recibir su pene y segundo de recibir bebés de él. Así, el complejo edípico en la niña se ve empujado por el complejo de castración. El superyó en la niña y el sentimiento de culpabilidad son secuelas del complejo de Edipo. La identificación edípica de la niña con su madre afecta el curso del Edipo, la niña considera a su madre en su aspecto fálico mientras su organización genital está conformándose.

Siguiendo sus propios postulados, la autora afirma que las sensaciones y rasgos genitales se encuentran en el desarrollo sexual y emocional del niño desde la primera infancia, y que los mismos constituyen los primeros estadios del complejo de Edipo invertido y positivo. La libido oral se entremezcla con deseos y fantasías uretrales y anales, los estadios libidinales coexisten, las tendencias positivas e invertidas edípicas están en interacción. La situación edípica positiva culmina en el estadio de la primacía genital. Tanto el niño como la niña experimentan deseos genitales dirigidos tanto al padre como a la madre, y tienen conocimiento inconsciente de la vagina y del pene.

El superyó se inicia en la fase oral en ambos sexos, En cada estadio libidinal el niño introyecta sus objetos según el influjo de las fantasías y emociones en conflicto y crea el superyó de esos objetos. Por ello el superyó se corresponde con los componentes y rasgos de las fantasías del niño respecto a sus relaciones de objeto reales. El pecho

materno, es el primer objeto introyectado, y forma la base del superyó, esta imagen introyectada influirá en la relación con el pene del padre. Los rasgos más importantes del superyó provienen de estos componentes maternos.

Los sentimientos de culpabilidad provienen en ambos sexos del deseo de devorar a la madre. La culpabilidad es uno de los factores que incide en el desarrollo del complejo de Edipo, no se presenta cuando éste se encuentra en su etapa de resolución sino que se da al comienzo, y durante todo su desarrollo.

Con respecto al niño varón, el temor a la castración comienza con las sensaciones genitales, los primeros impulsos del niño por castrar al padre arrancando de un mordisco su pene generan en él el temor de que su propio pene pueda ser arrancado de la misma forma. La angustia de castración es la principal fuente de ansiedad en el niño, pero no es el único factor que determina la represión en el complejo de Edipo. Los sentimientos de culpa respecto a sus impulsos de castrar y matar al padre (ya que es un ideal al cual se dirige, fuente de fortaleza, desea preservar sus aspectos buenos) propician la tendencia a reprimir sus deseos genitales. Además el sentimiento de que la pérdida del padre para la madre sería una pérdida para ella también, intensifica el sentimiento de culpabilidad y por lo tanto la represión de los deseos edípicos en el niño.

El niño se ve en la necesidad de proteger al padre tanto como una imagen interna como externa, por lo tanto la situación edípica pierde fuerza no solamente porque el niño teme a su castración.

Respecto a la niña, la fase en la cual está unida únicamente a los deseos hacia la madre, también lo está respecto al padre. Klein considera esta fase como un período de fluctuación entre los deseos hacia el padre y hacia la madre. Los deseos edípicos positivos se ven frustrados en la niña y refuerzan el desarrollo junto con la envidia del pene y el temor a la castración. El concepto de que la niña cree en un comienzo que su madre posee un pene como atributo masculino no desempeña un concepto fundamental, sino que es posterior a la relación de la niña con la madre fálica. La situación principal de ansiedad será para la niña el temor a que su propio cuerpo sea atacado más que el temor a la pérdida del amor y la muerte de la madre.

Ahora bien ¿porqué estos conceptos resultan importantes a la temática del presente trabajo?

Se parte de las consideraciones desarrolladas a lo largo del capítulo anterior para esbozar las marcas subjetivas que acompañan el proceso de estructuración yoica.

Los escenarios en los que el sujeto se apropia de los significantes que lo marcan constituyen la subjetividad. Es en este sentido que el papel del otro toma parte en el proceso. Los significantes aportados por los otros son las huellas que provienen de su propia historia y contexto socio-cultural, y que aportan las particularidades que hacen irrepetible y único al sujeto.

El inconsciente se instaura partiendo de las primeras inscripciones sujetadas a las primeras ligazones. La mirada, la voz, el pecho materno, van armando las precondiciones de fijación de la pulsión en concomitancia con una historia relacional. Una producción signada por las vicisitudes de los primeros encuentros.

Haciendo foco en la prehistoria del sujeto, se puede pensar los procesos de subjetivación como un recorrido en donde el encuentro del infans con los adultos que deberían libidinizarlo puede derivar en múltiples avatares, derroteros de la constitución psíquica.

Las inscripciones arcaicas demarcan una modalidad de investimentos a través de la cual se transmiten vivencias y registros ya efectivizados en otras escenas psíquicas. En este entendido es que se piensa las manifestaciones del proceso de estructuración del psiquismo en torno a modalidades vinculares, haciendo foco en aquellos primeros encuentros fundantes de la psiquis. De tal modo el sujeto es comprendido en un contexto generacional y transgeneracional, en sus circunstancias históricas.

4. La dimensión transgeneracional

“Nada de lo que haya sido retenido podrá permanecer completamente inaccesible a la generación que sigue, o a la ulterior”

Freud, S. Totem y Tabú. 1913

Este trabajo se enmarca en una concepción del sujeto como inseparable de la intersubjetividad, partiendo de la premisa de que la subjetividad es producida en el encuentro con otros “co-producción vincular de dos o más sujetos”.

La cuestión del sujeto se define en torno al espacio intersubjetivo, espacios en los que el Yo puede advenir, o fracasar en constituirse. La emergencia de lo generacional nos remite a pensar ¿qué de lo que es impuesto por los otros organiza la realidad psíquica y la propia subjetividad? ¿Qué exigencias de trabajo psíquico impone a los sujetos los contenidos que son transmitidos por un otro?

Antecedentes en el corpus del psicoanálisis freudiano:

Dentro de la obra de Freud, encontramos algunos pasajes que nos permiten pensar en esta perspectiva, como un indicio de la pertinencia del concepto de transmisión, es decir lo que refiere a la transmisión de la vida psíquica. **“En tótem y tabú**, Freud distingue entre la transmisión por identificación con los modelos parentales, y la identificación genérica, constituida por las huellas mnémicas de las relaciones con las generaciones anteriores. El primer proceso se relaciona con la historia del sujeto, y el segundo con la prehistoria. En la prehistoria hay que incluir la transmisión de los objetos perdidos por quienes nos precedieron y que nos son transmitidos aun parcialmente en duelo. También podemos incluir allí los significantes preformados que nos preceden, y particularmente los significantes congelados, enigmáticos, brutos, sobre los cuales no se ha operado un trabajo de simbolización. **Introducción al narcisismo** pone el acento en las investiduras y los discursos de anticipación, es decir, en las designaciones de lugar y de predisposiciones significantes en el proceso de la transmisión: el infans es el depositario, el servidor y el heredero de los “sueños de deseos no realizados de los padres”; a él le toca tomar lugar y sentido en estas predisposiciones que lo preceden, que lo violentan, pero que son las condiciones de su concepción propiamente psíquica. **En psicología de las masas y análisis del yo**, Freud nos muestra cómo se efectúa el pasaje de un objeto “individual” a un objeto devenido común para todos los miembros de una institución: lo que se transmite es esencialmente transmitido por la vía de las identificaciones. Este proceso implica otro:

el abandono de los ideales individuales y la puesta en su lugar del ideal del yo de otro, el objeto ideal común que liga a los miembros de un grupo o de una institución en sus identificaciones imaginarias mutuas.”

Actualmente, siguiendo los planteamientos de autores posteriores, se puede pensar con otra profundidad lo que refiere a la transferencia, lo que se transfiere y transmite de un espacio psíquico al otro: configuraciones de objetos psíquicos que incluyen sistemas de relación de objeto.

Producción intersubjetiva del psiquismo:

El sujeto es constituido en y por el deseo de más de un otro que lo precede, acordando con los aportes de Kaës el sujeto se encuentra dividido entre la necesidad de ser para sí mismo su propio fin, y ser el eslabón de una cadena de la cual escapa su dominio. Plantea Freud (1914) al respecto en introducción del narcisismo, que el individuo cumple una doble función, en tanto es para sí mismo su propio fin pero también es parte de una cadena generacional a la que pertenece. En esta cadena circula se transmite y se anuda materia psíquica, parte constituyente y constituida del sujeto. Siguiendo esta perspectiva consideramos al sujeto del inconsciente, como sujeto de la herencia, entonces la transmisión forma parte del bagaje inconsciente y tiene efectos sobre la subjetividad. El sujeto podrá pensar su contemporaneidad resignificando su prehistoria (que precede su nacimiento, efecto de los deseos de otros), así esta prehistoria constituirá lo originario, que arraiga en el aspecto intersubjetivo. Los otros portadores de deseos y prohibiciones, de representaciones, asignadores de lugares, presentadores de objetos, aquellos representantes del grupo son para el infans la condición necesaria para que devenga sujeto hablante y sujeto hablado. Pero el sujeto deviene tal no solo por efecto de la palabra, sino también por el efecto del deseo de los que son portadores de la misma.

Se puede observar desde la clínica, teniendo en cuenta la exigencia del trabajo psíquico que es para el sujeto el estar entramado en relaciones vinculares que lo ligan a lo intersubjetivo, que por ejemplo la función represora se ve apoyada en cierto modo por la transmisión, según las alianzas y pactos inconscientes de los cuales derivan rasgos característicos de la personalidad. Estas alianzas se encuentran destinadas por función y por estructura a producir inconsciente y a permanecer inconscientes. En todo vínculo el inconsciente se inscribe en distintos registros y lenguajes, es emergente del vínculo y responde a cada sujeto, la estructura y el contenido del inconsciente de cada sujeto lleva la huella del inconsciente de otros. Kaës (1998) teoriza acerca de la

transmisión tomando el concepto de lo negativo: se transmite lo que no se contiene, lo que no se recuerda, lo reprimido, los objetos perdidos y aún en duelo. Dicen Gomel y Matus (2011) al respecto:

“Lo no ligado ancestral, las pérdidas no dueladas, lo traumático insemantizado, lo desmentido y repudiado en una generación –verdaderas precipitaciones del hacer- se transmiten como blanco a las siguientes y retornan bajo el sesgo de la compulsión a la repetición, perforando la capacidad representativa de la psique” (p66).

Estas configuraciones de objetos y sus vínculos subjetivos es lo que se transporta, proyecta, deposita, o difracta en los otros, formando la materia del proceso de transmisión. Pero no solamente lo negativo se transmite, sino también lo que garantiza la continuidad de las formas y procesos de conservación y complejización de la vida, y de los vínculos intersubjetivos. Es pertinente poder reflexionar entonces acerca de la implicancia que tienen estos aspectos en la vida psíquica de los sujetos, “modalidades transferenciales por las cuales se repiten y se desprenden las estructuras intrapsíquicas e intersubjetivas predisponentes de las formaciones de la neurosis o de la psicosis (...) (Kaës. 1998,16)

La noción de trabajo psíquico de la transmisión se puede entender como el proceso y resultado de ligazones psíquicas entre aparatos psíquicos. Refiere además a las transformaciones que operan esas ligazones a nivel del psiquismo. A través de la apropiación de la herencia por parte del sujeto se asume el pensamiento, el lugar psíquico. La transmisión manifiesta entonces las condiciones necesarias para que el espacio psíquico se constituya, y para que así sea posible la representación, la fantasía el placer y el trabajo del pensamiento. Freud plantea en Tótem y Tabú que los procesos psíquicos se transmiten y continúan desarrollándose de una generación a la otra, y que de no ser así existirían generaciones que tendrían que comenzar de cero con sus conocimientos sobre la vida.

Por otro lado, existe de alguna forma una violencia en el proceso de transmisión psíquica, ya que las generaciones posteriores podrán ser herederas de depósitos, enquistamientos, proyecciones o rechazos de lo que no fue reprimido; huellas o síntomas que formarán ligazones en forma no de palabra sino de cosa. Por tal motivo lo originario muchas veces refiere a una zona violentamente frágil donde se ven angustias más arcaicas. Entonces, la herencia tiene un aspecto positivo que refiere a la estructuración y construcción de una realidad que confiere a los orígenes del sujeto,

y un aspecto negativo que refiere a la destructividad que vehiculiza (cuando la transmisión se organiza a partir de lo negativo, de la falta y la falla, de lo que no ha advenido, lo que es ausencia de inscripción y de representación)

¿Qué se transmite de una generación a otra?

Pensar en transmisión psíquica es pensar en la intersubjetividad, concepto al que Gomel refiere como una “eficaz productora de subjetividad, pues la continuidad psíquica de las sucesivas generaciones a partir de la pertenencia a una cadena genealógica, impone una exigencia de trabajo a los sujetos eslabonados en ella” (Gomel, 16)

La transmisión deja sus marcas en el sujeto a través de complejas operaciones de reinscripción y transformación.

De una generación a la otra se transmiten modos de pararse frente a la cultura, lo transcultural, las significaciones imaginarias sociales y familiares y lo no advenido al campo representacional (aquello que no se adscribe al estatuto de lo representado y es transmitido en formas de blancos a las siguientes generaciones).

La vía regia de lo transgeneracional es el discurso familiar, dimensiones abordables a partir de las huellas de los hablantes en sus enunciados, refieren a lugares de inscripción y posicionamiento de las subjetividades que se anudan en vínculos de parentesco.

La posibilidad o imposibilidad de transcripciones simbolizantes en el psiquismo incipiente, se enlaza en la capacidad de armado de una trama simbólico-imaginaria-pulsional en la red vincular en la cual el sujeto adviene. Las modalidades familiares constituyen los posicionamientos subjetivos sostenidos a lo largo de las generaciones. Las identificaciones conforman una de las formas de enlace entre pasado presente y futuro.

El pensar en transmisión entre generaciones implica pensar en una ampliación de los espacios psíquicos singulares, como una encadenación subjetiva.

La cuestión transgeneracional “expone la tensión existente en la red vincular entre la repetición monótona de modelos vinculares, y la aparición de la novedad ligada al tema de la creación” (Gomel, 19) Es así que se fluctuaciones entre permanencia y transformación se ven en los sujetos de una familia.

La condición de partida de la vincularidad y la legalidad instituyente para el armado subjetivo, viene dada por el acarreo transgeneracional.

Identificación y transmisión

Para que exista transmisión es necesario que se establezcan las ligazones psíquicas entre los aparatos psíquicos, entre ellas la identificación con determinados rasgos o características que son adjudicados al infans aparece como posibilidad de pertenecer a la cadena histórica de la cual el sujeto proviene. Para comenzar a desarrollar este apartado considero importante exponer el concepto de identificación que aparece en el diccionario de psicoanálisis de Laplanche y Pontalis, definido como el “proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones”. Las identificaciones son necesarias en el proceso de constitución psíquica del sujeto, ya que incluyen elementos fundantes de la historia interna.

“El psiquismo es una estructura abierta al mundo. Y el mundo es para un niño, fundamentalmente, los otros que lo rodean, marcados a su vez por una sociedad y una cultura. Otros que, son sostén y fuente de placer, pero también portadores de angustias, temores y dolores. Otros que son figuras de identificación y que transmiten valores, normas e ideales” (Janin.B, 2011, p60)

La autora expresa en esta frase la importancia de esos otros que son condición necesaria para la constitución psíquica en los primeros tiempos del sujeto. Cuando no existe un espacio psíquico para que el niño desarrolle su identidad, libre del poder alienante del narcisismo de sus padres, se produce una intrusión y las identificaciones se realizan en base a generaciones anteriores. En este caso los padres no pueden amar al niño sin apoderarse de él, ni reconocer su independencia sin odiarlo. Cuando los padres no son los únicos protagonistas de esta relación, sino que lo son también sus propios padres y su propio sistema familiar, se implican tres generaciones, las cuales dejan a una de ellas atrapada en identificaciones que no son las propias. Este tipo de identificación condensa un telescopaje generacional, es decir que el sujeto queda alienado y le es imposible acceder a su propio deseo. Este proceso identificatorio congela al psiquismo en un tiempo atemporal, un tiempo que no es el de su propia historia. Faimberg (1996) introduce entonces el concepto de telescopaje de las generaciones, que aparece en el curso de la cura psicoanalítica en el encuadre de la sesión, y refiere a un tipo especial de identificación inconsciente alienante que condensa tres generaciones y que se revela en la transferencia. Estas identificaciones inconscientes son inicialmente inaudibles, entonces se vuelve

fundamental lo que respecta a la transferencia-contratransferencia, ya que es el analista “quien debe poder contener en la contratransferencia la angustia de no saber, y de no saber que no sabe” En la transmisión alienante los padres no cumplen con la función de garantes para el hijo, dejándolo sujeto a lo que ellos mismos dicen o callan. El silencio de los padres obstaculiza a los hijos el libre acceso a la interpretación de su propio psiquismo. El telescopaje pone en evidencia un tiempo circular, repetitivo. Cuando la historia secreta puede ser conocida, a través de la revelación de estas identificaciones en la transferencia por ejemplo, es posible modificar los efectos que tiene sobre el Yo. El pasado se constituye como tal con el trabajo de desidentificación que libera el deseo y que es condición de la construcción del futuro. La transmisión se ve posibilitada sobre la base de identificaciones. Fragmentos de generaciones anteriores van a formar parte del inconsciente de generaciones posteriores. Tanto la cultura como el relato familiar van a ser las vías de transmisión de estos contenidos.

Otra modalidad de funcionamiento vincular respecto a las identificaciones, es aquella que refiere al desinvertimiento del sujeto, cuando se produce una identificación con el vacío. Lo que sucede es una imposibilidad de libidinización, que deja al aparato psíquico sin ligaduras.

Resulta oportuno introducir el trabajo de Green (1980) sobre “el complejo de la madre muerta”. Este trabajo no trata de las consecuencias psíquicas de la muerte real de la madre, sino de la imago construida en la psique del hijo como consecuencia de la depresión materna. A raíz de la cual la figura materna aparece como inanimada, lejana. No se trata de una pérdida real de objeto, sino que el objeto está absorbido por un duelo y deja de estar disponible. La madre entonces disminuye el interés por su hijo, quien experimenta una transformación en su vida psíquica al verse desinvertido brutalmente por su madre, esto es vivido como una catástrofe, ya que el amor materno se ha perdido repentinamente. Además de la pérdida del amor, se da una pérdida de sentido, ya que el bebé no posee una explicación para lo acontecido. “Hubo enquistamiento del objeto y borrado de su huella por desinvertidura; hubo identificación primaria con la madre muerta y transformación de la identificación positiva en identificación negativa, es decir, identificación con el agujero dejado por la desinvertidura, y no con el objeto. E identificación con ese vacío que, periódicamente, cada vez que un objeto nuevo es elegido para ocuparlo, se llena y de repente se manifiesta por la alucinación afectiva de la madre muerta” (Green 1986,177)

Cuando se hace referencia a la energía libre, no ligada, se caracteriza un modo de funcionamiento psíquico primario, cuyo motor principal es el principio de placer. La

energía libre altera los circuitos fracturándolos y abriendo camino a la compulsión a la repetición. Esta modalidad se despliega a través de extensas cadenas anudadas en lo generacional. La ausencia de significación funda una perturbación, un goce por fuera de la cadena asociativa.

En este complejo escenario es que se evidencia el peso de la transmisión en la constitución psíquica. Es fundamental para el desarrollo del psiquismo incipiente los primeros encuentros fundantes con una madre que pueda libidinizar y sostener desde la mirada, la voz, la caricia.

Partiendo del análisis de los aportes teóricos relevados, cuando se habla de identificaciones interesa más que pensar en el solipsismo, pensar en aproximación a su comprensión como proceso vincular, dado que toda identificación tiene la marca de una relación.

Cuando se logra visualizar las identificaciones que retienen al paciente alienado de su deseo, y se intenta poner en palabras aquellos contenidos que no han podido ser tramitados en los primeros tiempos psíquicos, a partir de este movimiento, el paciente puede enfrentarse a la posibilidad de situarse en relación con la diferencia de generaciones.

Se piensa entonces que desde el ámbito clínico, la escucha y la interpretación en la transferencia son una forma privilegiada de revelar las identificaciones y resolverlas. ¿Qué es lo que hace posible que lo no-dicho llegue a ser decible? Desde la perspectiva clínica se podría pensar que es la interpretación de los blancos en el propio discurso del paciente lo que permitiría construir interrogantes que habiliten la transformación de la repetición en creación.

Para culminar este apartado, en a este tema, Marucco plantea que “cuando la estructura de la repetición, producto de las primeras inscripciones en la constitución de lo psíquico, irrumpe en el campo analítico, la cuestión de lo representable toma un giro importante” (2007,20)

Los contenidos que no acceden al campo de la palabra, lo irrepresentable de la pulsión, genera un “cortocircuito”. Lo no representado queda ubicado entonces en el pasaje al acto, o en el cuerpo (como enfermedades psicósomáticas por ejemplo). Estas manifestaciones refieren a lo arcaico. Fenómenos residuales donde en lugar de representación de palabra existen actos.

Se piensa a partir de estas modalidades de padecimiento, la complejidad del trabajo analítico en la clínica contemporánea frente a estas zonas que constituyen categorías fronterizas.

Transmisión de lo no representado

En correlación con el apartado anterior, se profundiza a continuación en aquello que aparece en cualidad de irrepresentable para el psiquismo. ¿Cómo se transmiten estos “vacíos de sentido” entre las generaciones? ¿Qué efectos psíquicos aparecen como legados en las generaciones ulteriores?

Lo no advenido al campo representacional en una generación se transfiere en su cualidad de no representado a las siguientes. La desligadura puede atravesar generaciones y transmitir su capacidad traumática causando fracasos en el psiquismo, dando la posibilidad o no de su tramitación. Entonces lo traumático no deviene tal por la magnitud de lo sucedido, sino por la inexistencia de la posibilidad de darle sentido a aquello que ocurrió.

Las cargas no ligadas, quedan como energía libre, y saltan las barreras de una psique para estallar en las siguientes.

La imposibilidad de reescritura psíquica circula en forma de trazas que se van trasladando de una generación a otra en cualidad de irrepresentadas. Así van arborizando en otros psiquismos. Lo que resulta es un vacío de pensamiento, una ruptura de las concatenaciones de espacio y tiempo.

Lo irrepresentable sería entonces en sus diferentes versiones lo que estando apartado, escindido del intercambio asociativo y de toda transacción, además conserva su eficacia para producir efectos. Particularmente en la dimensión de la transmisión generacional.

La transmisión de lo no representado en el psiquismo refiere a lo que hace límite al sentido, y límite al saber. Cuando lo que se encuentra es la falta de sentido, se produce un enfrentamiento con el enigma. El sentido deviene otro pero queda la imposibilidad de acceder al saber absoluto.

Otra modalidad de lo no representado es lo que Lutenberg llama “vacío mental”. Se parte de la premisa de que existe una simbiosis originaria a partir de la cual se da toda la evolución humana. Refiriéndose a la in diferenciación que caracteriza al psiquismo infantil en el comienzo de la vida psíquica. A partir de los momentos en que se rompe la simbiosis originaria mamá-bebé se hace lugar al terror, como expresión del vacío mental emocional y estructural.

El autor define el vacío mental emocional como la vivencia de vacío interior en el plano de las emociones. Es una sensación que emerge en el presente, pero que involucra la memoria histórica y los proyectos del sujeto.

Por otro lado, el vacío mental estructural es una “configuración mental virtual”, un fenómeno que ocurre en el sector escindido del yo. La escisión del yo es definida en el diccionario de psicoanálisis como “la coexistencia, dentro del yo, de dos actitudes psíquicas respecto a la realidad exterior en cuanto ésta contraría una exigencia pulsional: una de ellas tiene en cuenta la realidad, la otra reniega la realidad en juego y la substituye por una producción del deseo. Estas dos actitudes coexisten sin influirse recíprocamente” (Laplanche y Pontalis.1996/2004,149)

Estos funcionamientos patológicos emergen en la actualidad como complejidad para el trabajo en clínica. Es el campo de las llamadas “precipitaciones del hacer”, actuaciones sustentadas en lo no ligado ancestral, lo traumático insemantizado, las pérdidas no dueladas, lo desmentido, contenidos que son transmitidos entre las generaciones. Al respecto explicitan Gomel y Matus (2001) “en esta modalidad de retorno, la escena se encuentra debilitada o incluso devastada por operaciones de desmentida o repudio y ya no resulta un dique suficiente para contener el embate pulsional. Allí se precipita un goce, muchas veces transmitido transgeneracionalmente” (86)

Frente a estas complejidades de la clínica se considera interesante el planteamiento expresado por Lutenberg “estoy convencido de que muchos fracasos terapéuticos con los pacientes graves no se deben solamente a las “resistencias” que los mismos oponen al tratamiento, sino a la suposición del analista que detrás del silencio del analizando siempre hay un pensamiento interdicto por la represión. A los pacientes graves les resulta imposible evocar “recuerdos” que jamás han tenido una inscripción en el sector vacío de su mente, con ellos debemos proceder a la edición de los no-recuerdos en la transferencia” (s.f)

Consideraciones finales:

En este trabajo la propuesta ha sido profundizar en los primeros tiempos de la constitución del psiquismo, haciendo foco en los procesos que sirven de base a la simbolización, para lograr una mayor comprensión de los tempranos fallos en la subjetivación.

Ha sido de interés tomar la perspectiva teórica que desde el psicoanálisis explora la transmisión transgeneracional, para ahondar y enriquecer las hipótesis provenientes de la clínica que aborda los sufrimientos vinculados a los fallos en los procesos mencionados anteriormente. Este aporte ha sido desde el relevamiento de diferentes autores, predominantemente de la escuela francesa y del Río de la Plata.

Tomar estas dimensiones como insumo para pensar la clínica actual, tanto en el dispositivo bipersonal como en abordajes de lo vincular, hace posible alcanzar otras vías para la comprensión de los sufrimientos y angustias que atraviesan los sujetos. Cuando lo negativo de la transmisión atraviesa el clima de la sesión, evidenciado a través de los vacíos de sentido, las identificaciones alienantes que demandan una reestructuración de la identidad, lo no ligado ancestral, lo desmentido, las pérdidas no dueladas; la capacidad representativa de la psique se ve perforada. Frente a estos sufrimientos extremos la oportunidad de apelar a esta dimensión de la teoría posibilita la producción de la ligadura en contraste con la compulsión a la repetición.

Desde el presente trabajo se adoptan las dimensiones de la transmisión que hacen a la estructuración psíquica, se toman autores referentes del Río de la Plata que marcan una diferencia con otras perspectivas que circunscriben la transmisión únicamente a la dimensión patológica de la misma.

Frente a nuevas formas clínicas, nuevas formas de proceder en lo que refiere al abordaje técnico de los funcionamientos psíquicos, cuando la experiencia de la relación con el otro deja una marca sobre el psiquismo, cuya existencia es a la vez negada u ocultada para el sujeto, esta perspectiva permite ir un poco más lejos, lo transgeneracional no se puede pensar sino como estructural en el psiquismo.

A modo de conclusión personal, existen dos líneas para pensar lo transgeneracional. La transmisión puede ser negativa en el sentido alienante del término, o “sana” cuando los contenidos que se transmiten respetan la autonomía y el deseo del sujeto perteneciente a la generación ulterior.

Cuando se hace referencia a los aspectos no ligados en el psiquismo, cuando se habla de la transmisión negativa, se evidencia las dificultades en la estructuración psíquica. De todos modos la transmisión es necesaria al proceso de estructuración que un psiquismo transita.

Si se piensa en lo mencionado anteriormente, es que se considera que estar atento a la historia ancestral -generaciones anteriores- del paciente abre la escucha a varios aspectos que pueden estar vinculados a la problemática que se presenta. Se trata entonces de generar una búsqueda de sentidos a través de aquello que produce el encuentro, producto del vínculo que siempre deja una huella en los otros.

Existe en lo referente a la constitución psíquica en los sujetos, un gran campo a explorar en lo que respecta a la información de la vida psíquica transmitida entre las generaciones, que constituye un valioso aporte para la comprensión de los fenómenos afectivos y sintomáticos en clínica.

En la medida en que se aborden las problemáticas de la clínica actual teniendo en cuenta esta perspectiva, el sujeto portador de un sufrimiento y que demanda análisis podrá colocarse en el lugar de la diferencia, gestionar el cambio, apropiarse de su propia identidad y construir desde un nuevo espacio psíquico.

El valor de la impronta intersubjetiva y sus efectos en el proceso de subjetivación, haciendo foco en la consideración de lo transmitido ancestral, produce un cambio en la forma de pensar el quehacer clínico. Cambio que no se restringe solamente al campo del psicoanálisis de las configuraciones vinculares, sino que abarca un significativo viraje en la escucha del paciente individual. Refleja el esfuerzo de trabajar la complejidad y riqueza del campo vincular, con los conceptos fundacionales del psicoanálisis.

La vida psíquica es transmitida entre las generaciones, la misma se entiende como un conjunto de sentidos al cual un sujeto adjudica valor de realidad psíquica.

Si se toma en cuenta la dimensión de lo transgeneracional sobre la realidad psíquica, es necesario explicitar a qué se refiere la realidad vincular o intersubjetiva. La misma se entiende como producto de un sistema de intercambio que organiza las representaciones inconcientes a partir de una matriz transpersonal y cuyos efectos marcan una historia, que se confronta en el armazón del campo vincular.

Efecto del marco en el cual se hacen las transcripciones singulares, los diferentes psiquismos harán su desarrollo, proponiendo distintas vías por las cuales circularán lo incluido y lo excluido del discurso. La constitución de aparatos psíquicos capaces de realizar una re elaboración conformará una compleja existencia del funcionamiento psíquico y de los mecanismos instituyentes del mismo.

Luego de haber transitado este recorrido por la temática elegida, la autora hace propio un cuestionamiento que expresa Kaës (1996) al abordar la temática de la transmisión, que hace referencia a la existencia del telescopaje en numerosos pacientes, el autor se cuestiona si podría ser tomado como situación universal plausible de análisis, interpretable a condición de que el analista lo tuviera en cuenta.

A partir de la profundización realizada en este trabajo, se entiende que la transmisión generacional no refiere únicamente a lo patológico. Se transmiten sistemas de prohibición, de lo permitido, el idioma, los valores, los vínculos de parentesco. La transmisión en una familia refiere a un recorte sobre las reglas culturales que responde a su particular perspectiva de las mismas. Una arista fundamental de este proceso refiere al modo en que la herencia es recibida, qué aspectos serán aceptados cuáles no y qué novedad será introducida por cada sujeto.

Es en ésta línea que la dimensión de la transmisión aporta una vía para pensar los primeros tiempos de construcción del psiquismo.

El sujeto no se constituye en forma aislada, sino que es efecto de una intersubjetividad que es mediada por la cultura que decanta a partir del trayecto identificatorio en singularidad irrepetible.

Será pertinente continuar investigando en la temática en futuros trabajos ya que el interés por la misma no se encuentra agotado, sino que suscita varias interrogantes que exceden el marco de esta monografía.

Referencias Bibliográficas

Aulagnier, P. (1996) El aprendiz de historiador y el maestro brujo.

Bleichmar, S. (2001) Clínica Psicoanalítica y neogénesis. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Bleichmar,S (1993) La fundación de lo inconciente. Buenos Aires: Amorrortu editores S.A

Eiguer,A. Carel,A. André,F.Fustier,F.Aubertel,A.Ciccione,A. y Kaës,R (1998). Lo generacional. Buenos Aires: Amorrortu

Faimberg,H (1996) A la escucha del telescopaje de las generaciones: pertinencia psicoanalítica del concepto, en Transmisión de la vida psíquica entre generaciones. París: Amorrortu editores.

Freud,S (1914) Introducción al narcisismo. Obras completas, Amorrortu. Ed. Vol18

Freud,S (1914) Tótem y Tabú. Obras completas, Amorrortu. Ed.Vol13

Gil,D (1995) El yo herido. Escritos entorno al yo y al narcisismo. Montevideo: Ediciones Trilce

Gomel,S (1997) Transmisión generacional familia y subjetividad. Buenos Aires: Lugar editorial S.A

Green,A (1986) Narcisismo de vida, narcisismo de muerte. Buenos Aires: Amorrortu

Janin, B. (2011) El sufrimiento psíquico en los niños. Buenos Aires: Centro de publicaciones educativas y material didáctico.

Kaes,R. Faimberg,H. Enriquez,M. y Baranes,J. (1996) Transmisión de la vida psíquica entre generaciones. Buenos Aires: Talleres Gráficos Color Efe.

Klein,M (1990) Amor, culpa y reparación. Barcelona: Paidós

Laplanche, J.y Pontalis, J. (1996/ 6ta edición 2004) Diccionario de Psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.

Laplanche,J. (1998) Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. Buenos Aires: Amorrortu.

Lutenberg,J . (s.f) El vacío mental. Revista “psicoanálisis: ayer y hoy” N°1 Disponible en: <http://www.elp psico analisis.org.ar/old/impnumero1/vaciomental1-doc.htm>

Marucco,N (2007). Entre el Recuerdo y el Destino: la Repetición. “Revista uruguaya de psicoanálisis” N° 105 Disponible en: <http://www.apuruguay.org/apurevista/2000/16887247200710502.pdf>

Nasio,J (2000) Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis. Barcelona: Gedisa S.A

Schlemenson, S. (2009). Niños con problemas de aprendizaje. Disponible en: <http://www.educacion.ugto.mx/educatio/PDFs/educatio7/Schlemenson.pdf>

Schlemenson, S. (2011) Niños que no aprenden. Buenos Aires: Paidós.

Untoiglich, G (2009) Versiones actuales del sufrimiento infantil. Buenos Aires: Noveduc.